

I 19/07/2008

**MANUEL FRANCISCO REINA**

## **Milonga del Laicismo, y las raíces de España y Europa**

### **La Verdad del Cuento**

Se está celebrando en estos días en Madrid la Conferencia para el Diálogo, atendiendo a las tres confesiones monoteístas de mayor peso histórico, como son las religiones hebreas, cristianas y musulmanas. Siguiendo las directrices de Naciones Unidas, que celebró el 2001 como año del Diálogo de las Civilizaciones y lucha contra las campañas del odio e incitación al conflicto, se han reunido en la capital española con el Rey Juan Carlos I como jefe del Estado como anfitrión, y con especial relevancia del presidente José Luis Rodríguez Zapatero, uno de los máximos impulsores de la iniciativa anterior y el diálogo de civilizaciones, que tantos comentarios maliciosos produjo, a pesar de estar entre sus consejeros personalidades internacionales de la diplomacia de reconocida valía como Federico Mayor Zaragoza. La Asamblea General publicó la "Declaración Internacional del Diálogo de las Civilizaciones", que es una prueba de que las naciones del mundo desean el diálogo y lo apoyan y, en cambio, rechazan las incitaciones al enfrentamiento y choque de sus culturas.

A día de hoy, ha sido la Liga del Mundo Islámico la que ha convocado "La Conferencia Internacional para el Diálogo", como respuesta a la invitación del Rey Abdullah Ibn Abdelaziz Al Saúd – Monarca del Reino de Arabia Saudí– y como paso siguiente al Comunicado de La Meca emitido por "La Conferencia Internacional Islámica para el Diálogo"-.

La búsqueda del entendimiento entre las tres grandes religiones de origen semítico y, por tanto, absolutamente emparentadas, está en la base de estos encuentros que pretenden tender puentes de comprensión cultural y convivencia, como han existido en otros momentos de la historia, con grandes logros y esferescencia cultural. El hecho terrible del 11 de septiembre en Nueva York y sus ecos en el Madrid del 11M, no han hecho más que radicalizar y bipolarizar este equilibrio complicado de la paz en el mundo. La satanización de culturas por el miedo o desconocimiento de las mismas, así como el desquiciamiento de sectores de dichas entidades y sus religiones, que tienen más que ver con interpretaciones personales de la historia y los textos sagrados, cuando no con intereses de control de conciencias para asegurarse el dominio y el poder de los países y recursos económicos, dificultan más si cabe este entendimiento.

No es fácil encontrar en la historia ejemplos de diálogo o convivencia, de comprensión de la otredad humana, y su existencia ha sido tan fugaz como anatemizada. Al-Ándalus es uno de ellos. No pretendo caer en la banalización ingenua, ni en la mitificación a cualquier precio: Al-Ándalus es un fenómeno que surge a partir de una expansión territorial del Islam con lo que supone la guerra-como destrucción supuso las cruzadas bajo el signo de la cruz por citar otras expansiones religiosas-pero con remansos de paz en los que floreció la convivencia, por mucho que se empeñen los estigmatizadores de todo lo que huele a musulmán. Todo esto queda magníficamente acreditado en un libro excepcional de la editorial Almuzara, del ex ministro de trabajo Manuel Pimentel, reconvertido en culto editor, y que abandonase el ministerio y por comentarios estentóreos a este respecto de su presidente. El volumen, "Historia de General de Al Ándalus, de Emilio González Ferrín, director del departamento de filologías integradas de Sevilla, es un ejercicio riguroso y esclarecedor de historia nuestra, que no rehuye luces ni sombras. González Ferrín niega la invasión islámica del año 711 diciendo, como sospechábamos muchos: "Hubo una España de una sola cultura con tres religiones", en la línea de estudio de Ignacio Olagüe. Ya lo decía, casi un siglo antes, José Ortega y Gasset: "una Reconquista que dura 800 años es demasiado larga para llamarla Reconquista".

Apunto esto, porque no nos resulta extraño oír, incluso en la voz de nuestros políticos, discursos tan distorsionados como que: "El problema de Al Qaeda con España empieza a principios del S VIII(..) España rechazó ser un trozo más del mundo islámico cuando fue conquistada por los moros, rehusó perder su identidad", en una conferencia titulada Siete teorías sobre el terrorismo, pronunciada en la Universidad de Georgetown por el ex presidente José María Aznar. Un par de apuntes sobre esta aberración histórica: en primer lugar no existían, resulta tan anacrónico como evidente, ni Al Qaeda ni España; en segundo lugar, la identidad de España se conforma en muchos sentidos por la existencia y la pervivencia en nuestra cultura, léxico, costumbres, etc, de

aquello que se llamó Al-Ándalus y que, siendo estrictos, duró durante siete siglos, algo más de lo que lleva España siéndolo, si lo es, desde la conquista de Granada en 1492. El apelativo "moros" es, tan suficientemente gráfico en su connotación peyorativa como para definir a quien lo usa como inexacto: la mayoría de los que ocuparon la península, en decadencia de reinos y reyes visigodos que explotaban a su pueblo y sangraban a los judíos, no eran de Mauritania, lugar de procedencia de los "moros" sino beréberes. Para ser exactos, Al-Ándalus y lo andalusí fueron un prodigio tan autóctono y único, que tuvo, entre sus muchos enemigos a los fanáticos ultraortodoxos islámicos del norte de África, los Almorávides, que en gran parte causaron el declive de todo este milagro, y los fanáticos católicos de la orden francesa del Císter. Algo parecido vemos en nuestros días de atentados en Argel con las amenazas de la organización e ideología de Bin Laden que ha calado ahora en la región y se está extendiendo por el África subsahariana. La guerra de Irak ha dado argumentos y seguidores a los que no lo necesitan. Un terror que amenaza Europa y, en concreto, como ejercicio de desconocimiento de lo que fue y de locura, Al Qaeda ha llamado a reconquistar Al Ándalus. "Hay una lectura contemporánea. Es que tenemos un complejo de ser españoles. La negación de Al-Ándalus es un componente más de nuestro complejo de ser españoles", señala el arabista Ferrín. Puede que sea tarde para luchar sólo con cultura pero, quizá, si nosotros, desinteresados de nuestra propia historia, reivindicásemos Al-Ándalus como nuestra, que lo es históricamente hablando, nadie podría apropiarse de ella.

Apunto todo esto por la agotadora reiteración de ciertos sectores anquilosados en una historiografía ya superada hace mucho, de reconquistadores españoles de pecho de lata, de "moros" malísimos y maniqueos que raptaban doncellas piadosísimas, y cómo esa milonga llega hasta nuestros días como una cantinela inexacta y pueril. Estos sectores, detrás de los cuales siempre está la Iglesia Católica y su jerarquía más fosilizada y ajena a los planteamientos ecuménicos que intentaron algunos papas antes de Juan pablo II, pero que incluso él intentó, se extenuan diciendo que el actual gobierno trata de asaltar con el laicismo las creencias de los católicos en España. Otra vez el juego de conceptos vuelve a ser perverso. Según el Diccionario de las Real Academia Española, el laicismo es la "doctrina que defiende la independencia del hombre o de la sociedad, y más particularmente del Estado, respecto de cualquier organización o confesión religiosa", luego, ¿donde está el crujir de dientes, el Apocalipsis y los signos que sucederán antes del fin de los tiempos? Esto está ya superado desde la Revolución francesa, madre de los estados y sociedades modernas, en las que la separación de poderes está clara, y mucho más la no injerencia de los credos, que pertenecen al ámbito de lo privado y donde los gobiernos y los estados, no se meten. Según el artículo 16, párrafo 3º de la Constitución Española de 1978, de la que ahora se celebrarán treinta años a final de este 2008, "Ninguna confesión tendrá carácter estatal. Los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia católica y las demás confesiones". La cosa está clara, y no parece que, a pesar de los que ofician la liturgia de la confusión desde los pulpitos o determinados medios, no hay ataque ninguno, a menos que, tras estos velos de polémica, estén otros intereses más crematísticos, como son el concordato, y los acuerdos económicos con el estado español. La verdad del cuento es que, al final, es una mera cuestión de poder, como cuando se pretendió que en la maltrecha Constitución Europea se recogiese de forma específica las raíces cristianas del viejo continente. No tengo nada en contra de ese reconocimiento siempre y cuando no haya intereses de influencia y acuerdos económicos de favor, y en tanto en cuanto se reconozcan también las raíces Celtas, Tartésicas, Fenicias, Egipcias, Griegas- cerca de quince siglos de historia-, Romana- cerca de otros quince-, Bárbaras y Germanas, Musulmanas-cerca de ocho siglos sólo en España con la creación de una cultura autóctona, mosaico de varias y riquísima como fue la andalusí-, etc. Quizá algunos creen que el conocimiento sigue encerrado en Abadías vedadas a los que no pertenecen a las élites monacales pero, afortunadamente, la historia y el saber nos pertenecen ya a todos y son una de las pocas herramientas contra el desconocimiento de los demás, que son muy parecidos y con raíces tan dispares como comunes. Demos una oportunidad a la palabra. Demos una oportunidad a la paz.

*Manuel Francisco Reina es escritor y crítico literario*